

¿Qué hay de malo en la Declaración de Antioquía?

A finales de noviembre de 2024 apareció en Internet una declaración, llamada Declaración de Antioquía, en la que se solicitaban firmas. Los autores, que se autodenominan “colaboradores”, son Joseph Boot, Jeff Durbin, Andrew Sandlin, James White, Douglas Wilson y Tobias Riemenschneider. La declaración apareció en medio de una controversia eclesiástica que involucraba a estos mismos partidos, y también de una controversia política que llevó el nombre de Wilson a las páginas editoriales de muchos periódicos. Este artículo, sin embargo, no intentará hacer una crónica de estas controversias ni explicarlas, sino examinar el texto mismo de la Declaración.

La Declaración se anuncia como la expresión de “creyentes confesionalmente reformados, luteranos y evangélicos de una amplia gama de iglesias”. Se supone que “confesionalmente” pretende identificar no sólo al grupo reformado sino a toda la lista. Sin embargo, no se identifican las confesiones y, como muchas iglesias evangélicas escriben las suyas propias y las publican en sus sitios web, esto parece excluir sólo a los campbellistas y a otros que creen que “no hay otro credo que Cristo”. Como la frase continúa diciendo que el propósito es “identificar y resistir una marea creciente de pensamiento reaccionario que surge en los márgenes de nuestros propios círculos”, parece que se está pensando en un grupo mucho más definido, pero que no se puede caracterizar de manera efectiva, o no quieren hacerlo. Parece que este asunto se ha vuelto confuso por la edición posterior a la publicación inicial de la Declaración. El hecho de no identificar a los “marginales” también permite que se confunda en la mente del lector con cualquier extremista con el que pueda haberse topado anteriormente. Tal confusión parece ser intencionada.

En cualquier caso, la Declaración atrajo inmediatamente a un gran número de firmantes, entre ellos una gran proporción de defensores de la Visión Federal y algunos de R2K (teoría radical de los dos reinos). Entre los firmantes también se encuentra el abogado de Jeffery Epstein y receptor de masajes Alan Deshowitz, quien también defendió al actor de *Deep Throat* Harry Reems con el argumento de que la Primera Enmienda protegía su actuación y que el consumo de pornografía no es perjudicial. Entre los firmantes también está el cantante y actor Tom Waits. Según Wikipedia, su confesión es la siguiente: “Con las cosas de Dios no sé. No sé qué hay ahí fuera más que nadie”. Quizás algunas de estas firmas sean falsas.

El nombre “Declaración de Antioquía” está relacionado con el asunto relatado en Hechos 11, donde Pedro se asoció con quienes exigían que se siguiera respetando la ley ceremonial judía y fue reprendido por Pablo. La Declaración reformula el asunto como una cuestión de identidad e inclusión racial, no de ley y evangelio.

La Declaración comienza extrañamente con la negación de que “Los propósitos del Reino de Cristo y los requerimientos de Su Palabra pueden equipararse con las posiciones de los actores políticos durante la Revolución Francesa”. Esto se refiere al origen de la expresión derecha e izquierda, que designaba entonces a diferentes facciones dentro de los radicales de la asamblea revolucionaria. El propósito de la declaración parece ser que los autores no quieren que se les apliquen las etiquetas, pero tampoco son capaces de argumentar esto en términos del significado real de estos términos hoy. Es una maniobra de evasión. La oración continúa la negación diciendo que la antítesis moderna entre derecha e izquierda no es “equivalente a la antítesis que Dios estableció en el Jardín del Edén entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente,

el reino de las tinieblas y el reino de la luz”. Esto parece ser más confusión, ya que nadie está argumentando tal equivalencia.

Los autores continúan diciendo que “el proyecto neopagano secular moderno está en bancarota y trata desesperadamente de mantener unido el orden social por medio de una narrativa fraudulenta y una cosmovisión anticristiana”, y luego se refieren a este grupo como “élites seculares”. No dicen qué es este neopaganismo, pero curiosamente con la etiqueta “secular” excluyen de este grupo a los satanistas y otros ocultistas, a pesar de que estos individuos son muy activos en la cultura a través del control y la participación en los medios populares y las instituciones financieras.

En la siguiente afirmación, continúan diciendo que esto coloca a “algunos jóvenes en Occidente” en la “desdichada posición de reaccionar eligiendo entre conjuntos opuestos de mentiras”. Si un conjunto de mentiras proviene de estas élites seculares neopaganas, ¿de dónde proviene el otro conjunto? ¿Y por qué nadie ha estado ofreciendo la verdad como alternativa? Seamos francos sobre lo que se esconde detrás de este lenguaje. Alguien ha estado tratando de proporcionar la verdad, tal como la ve, como una alternativa y se trata de aquellos a los que se hace referencia al principio como “pensamiento reaccionario que surge en los márgenes de nuestros propios círculos”. La alternativa es el nacionalismo cristiano. En contraste con esto, los autores de esta Declaración durante los últimos cuarenta años no han logrado ofrecer una alternativa. Lo que han ofrecido es un estatismo cristiano sin naciones, para dar cabida a una parte central de la ideología de las élites seculares. Podemos referirnos a esta ideología como el Consenso de Posguerra. He aquí un ejemplo temprano de esta adaptación: Gary North, en su *Politeísmo político*, defendía la apertura de fronteras. La parte cristiana de su plan consistía en que, si bien todos podían mudarse al país, el derecho al voto se restringiría a quienes afirmaran la Trinidad. De hecho, la gran mayoría de quienes invadieran el país bajo la política de la administración Biden afirmarían la Trinidad. En efecto, lo que defendía North es muy parecido a lo que se está intentando ahora.

La siguiente afirmación significativa es negar “que el secularismo neopagano con su motivo religioso utópico surgió como un consenso después de la Segunda Guerra Mundial. Más bien, se manifiesta como el resultado político de la llamada Ilustración durante la Revolución Francesa”. Esto, dicen, se abrió camino en los corazones y las mentes de la gente en Occidente, volviéndose dominante en la época de las dos guerras mundiales. Estos autores no son expertos en historia.

Una guía mucho mejor es el pequeño libro de Pierre Manent, *Historia intelectual del liberalismo*. La Revolución estaba embriagada por la idea de Rousseau de la voluntad general. La voluntad de todos, absurdamente, encuentra su expresión en el Estado cuando éste está controlado por un pequeño grupo de fanáticos. He aquí la paradoja: “La única manera de estar seguros de que esta voluntad se realiza, de que el interés público no se confunde con ningún interés particular, es poner el interés público en contradicción con todos los intereses privados y medir la realización del interés público por la contradicción que plantea a todos los intereses privados. La unidad de todos se hará perceptible por la opresión de todos. En este sentido, no es absurdo que Robespierre creyera haber realizado la idea de Rousseau.”

Pero ¿por qué la Revolución Francesa tomó ese rumbo? Hay que recordar que tuvo lugar en un país católico romano, donde se estaba produciendo otra paradoja.

La notable contradicción que se esconde en la doctrina de la Iglesia católica puede resumirse de esta manera: aunque la Iglesia deja a los hombres la libertad de organizarse en el ámbito temporal como

mejor les parezca, tiende al mismo tiempo a imponerles una teocracia. Impone una restricción religiosa de una amplitud nunca antes vista y, al mismo tiempo, ofrece la emancipación de la vida secular. A diferencia del judaísmo y del islam, la Iglesia no proporciona una ley que se supone que debe regir concretamente todas las acciones de los hombres en la ciudad terrena.

A diferencia del judaísmo, el islam y algunas sociedades protestantes, que ofrecían una teocracia teonómica, el catolicismo romano era teocrático y secularizador al mismo tiempo. La Revolución Francesa se produjo en una sociedad en la que el derrocamiento del antiguo orden no dejó en pie una fuente trascendente de valores.

Para Manent, había dos ciclos de liberalismo que tenían poca similitud entre sí. Uno era la teoría contractual de la Ilustración. El pensamiento político se había basado en modelos políticos que tomaban sus premisas de las supuestas restricciones de la naturaleza. Luego, con la ruptura del ideal de Rousseau con el fracaso del terror y las guerras napoleónicas, comenzó el segundo ciclo. En adelante, el pensamiento político se formará a partir de teorías de la historia. La naturaleza de las explicaciones históricas de la autoridad es dialéctica. Se establece algún tipo de polaridad de valores y se utilizan estos polos para frenar cualquier movimiento excesivo en una dirección o en su contraria, es decir, en la opuesta en términos de la polaridad. Sin embargo, la continuidad de la historia se ve interrumpida por la revolución. “En Europa, la nación, durante un siglo y medio, fue la única forma política capaz de encarnar esta doble premisa, la de la historia y la de la revolución”.

Así, el siglo XIX y la primera parte del XX estuvieron dominados por teorías políticas y culturales nacionales, pero esto es lo contrario del Consenso de Posguerra, con su enfoque en los órdenes globales y la deconstrucción de las naciones. Entretanto, se produjo la transformación. Los intereses imperiales y financieros, en manos de las élites, conspiraron y comenzaron la Primera Guerra Mundial (el mundo no “se vio involucrado en ella por casualidad”). No fue producto del liberalismo, pero los que estaban en el poder movilizaron al pueblo para que participara en ella apelando al nacionalismo, que era la forma en que también se encarnaba el liberalismo. En algunas zonas, especialmente en el antiguo imperio austríaco, esto condujo a un triunfo temporal del nacionalismo, ya que se formaron varios estados-nación a partir de los restos del imperio. La Segunda Guerra Mundial dejó a las élites gerenciales decisivamente en el poder, que utilizaron los conceptos que estaban disponibles y eran propicios para sus fines para redirigir gradualmente los ideales políticos y sociales al servicio de sus propios fines.

La Segunda Guerra Mundial fue mucho más que el “punto de inflexión cultural” para la “narrativa secular y su mito de neutralidad religiosa”, como afirma la siguiente afirmación de la Declaración. Más bien, se sitúa junto a la Revolución Francesa como el final de un ciclo de liberalismo y la aparición de algo nuevo. Lo nuevo es algo que se ha vuelto cada vez más evidente y en la teoría progresista actual vemos la negación de la neutralidad religiosa o de cualquier otro tipo como una posibilidad. Los autores simplemente están cantando un lema de Van Tillia. No es que la negación de la neutralidad en sí sea nueva, como se expresó durante mucho tiempo en el dicho marxista: “Cuanto más inocentes son, más merecen ser fusilados” (y así es como la gente progresista te ve).

La siguiente afirmación debe ser citada en su totalidad.

Afirmamos que una contradictoria y omnipresente corriente de dudas y de autodesprecio también ha formado parte esencial de esta narrativa secular tras los horrores de la Segunda Guerra Mundial. Por lo tanto, cuando la derecha reaccionaria desafía la “narrativa de posguerra”, no necesariamente se está

liberando de ella; se trata de un reflejo que la propia narrativa de posguerra ha alimentado. La narrativa prospera gracias a una mezcla inestable de imperiosidad blanca y culpa blanca.

La existencia de una narrativa de posguerra se introduce con cierta vacilación, colocándola primero entre comillas y luego repitiéndola sin ellas. El problema, en parte, es que uno de los autores, James White, ha estado negando la existencia o incluso el significado del “Consenso de posguerra”. Mencionan, en cambio, una narrativa, y dicen que esta narrativa genera su propio desafío. La insinuación, entonces, es que desafiar la narrativa es caer en algo así como la paradoja del mentiroso, donde uno derrota sus propias afirmaciones. Finalmente, esta narrativa “prospera gracias” a una imperiosidad blanca y una culpa blanca. Esto parece significar que quienes desafían la narrativa son personas blancas motivadas por el racismo y la culpa. Cómo es esto así no se explica en absoluto. Los autores no sienten ninguna obligación de explicarlo. Estamos en medio del *wokismo*.

Aquí la Declaración pasa de la pseudohistoria a un intento de definir la relación entre la teología y la acción histórica. “Nosotros negamos que cualquier visión particular de los líderes aliados, sus estrategias o tácticas durante la Segunda Guerra Mundial debería ser una prueba de la ortodoxia cristiana.” La frase clave aquí es “debería ser una prueba”. Esto contiene una ambigüedad. Podría significar hacer de una visión histórica un estándar, como la Biblia o una confesión. También podría significar que la ortodoxia de una persona no puede ser puesta a prueba por su visión de los hechos históricos, en este caso de un bando en una guerra, por horrenda que sea esta visión. La ambigüedad difícilmente podría ser de otra manera que deliberada. El segundo significado, sin embargo, reabrirla el gran foso de Lessing. Johann Gottfried Lessing (1693-1770) había hablado del “gran y feo foso” entre las verdades históricas y las verdades metafísicas. A Lessing le preocupaba la posibilidad, que él negaba, de inferir verdades teológicas de los hechos de la historia. La Declaración quiere bloquear el movimiento en la otra dirección, de las verdades teológicas a las inferencias sobre la historia.

La Declaración ejecuta esta maniobra introduciendo otra distinción: “Negamos ADEMÁS que este cívico *adiáfora* puede ampliarse para incluir la malicia, la vanagloria, la incitación al racismo, el antisemitismo, la traición, la amargura o el odio. Se trata de cuestiones completamente distintas.” Es decir, la visión de los objetivos, métodos y acciones del bando aliado en la Segunda Guerra Mundial es “completamente distinta” de las cuestiones morales. Este es el mito de la neutralidad en su máxima expresión. Las cuestiones morales se reducen a la motivación, y se dice que la teología es neutral respecto de las acciones cuando se las ve objetivamente sin tener en cuenta su motivación, que no debería incluirse. Sin embargo, esta zona neutral solo está disponible para el bando Aliado y las opiniones sobre el Eje pueden muy bien convertirse en una prueba de ortodoxia.

Sin embargo, la historia no permite una exención tan inmaculada de las acciones de los Aliados respecto de las del Eje. Alrededor de 1981 trabajé con un profesor de estudios japoneses que tenía conocimiento directo de un archivo en posesión del gobierno de los Estados Unidos que documentaba las atrocidades cometidas por los japoneses contra el pueblo filipino. El gobierno de los Estados Unidos suprimió esos documentos con el fin de consolidar las alianzas y la diplomacia de posguerra. El profesor me dijo que, a pesar de todo lo que se sabía públicamente sobre las atrocidades japonesas en Filipinas, lo que había en ese archivo era mucho peor que, incluso a principios de los años ochenta, la publicación de los documentos haría que la opinión pública obligara al gobierno filipino a romper las relaciones diplomáticas con Japón. También existen otros casos más conocidos, como la operación Paperclip y la exención de los investigadores médicos japoneses del

procesamiento por crímenes de guerra para obtener sus investigaciones. Así pues, descubrimos que los objetivos de los Aliados convierten a los Aliados en cómplices del Eje, en el sentido de ocultar sus crímenes de guerra, y que en realidad ambas cosas no son separables.

En la declaración se sigue una negación de que las creencias de Hitler puedan conciliarse con el cristianismo. Probablemente, esto se incluye únicamente para difamar a sus oponentes insinuando que eso es lo que ellos afirman, otro ejemplo de no poner de relieve la identidad de los “marginales”.

En un artículo que puede provenir de James White, el “exceso de evidencia”, “testimonios de primera mano de testigos oculares”, y la ciencia de la historia se invocan para fundamentar la narrativa del Holocausto. Este artículo ha recibido fuertes críticas, citando la narrativa del 11 de septiembre, la narrativa de la epidemia de COVID, etc. como mentiras masivas que se proclaman como probadas por la evidencia y la ciencia. Por lo tanto, la afirmación de que la narrativa del Holocausto está fuera de toda duda también es sospechosa. La cuestión es definitivamente que esta narrativa no puede ser investigada, porque las investigaciones rechazan la certeza de la narrativa, que es absoluta.

Pero tomemos otra narrativa, apoyada por relatos de testigos oculares, del sufrimiento infligido por las bombas atómicas en Japón. En este caso, White nos dijo recientemente (en su podcast Alpha & Omega Ministries, 14 de noviembre de 2024, en el minuto 51:10) que, en lugar de sufrimiento, no había habido posibilidad de que esto ocurriera. “Créanme, Hiroshima y Nagasaki fueron más misericordiosos que Bremen, porque Hiroshima y Nagasaki vaporizaron a la gente instantáneamente. Bremen simplemente los cocinó”. Una búsqueda en YouTube mostrará muchos relatos de lo que realmente le sucedió a la población que no estaba en el centro de las explosiones. White prefiere inventar su propia “historia” porque las necesidades de su narrativa superan la historia “científica”. White continuó señalando sobre el atentado con bombas incendiarias en Bremen que en ese momento pocas personas compartían sus críticas sobre el bombardeo. “En ese momento” él tampoco las compartía, ya que aún no había nacido. Además, “en ese momento” pocas personas estaban en posesión de los hechos y el contexto como él los está ahora.

La Declaración dice: “Nosotros negamos que es posible recuperar una ética que honre a nuestros padres y sus sacrificios trascendentales mientras los deshonra activa y abiertamente”. ¿Qué es este “deshonor”? Esto debe leerse en el contexto, que es la negación de que sea posible atribuir cualquier juicio teológico a “esa visión particular de los líderes aliados, sus estrategias o tácticas durante la Segunda Guerra Mundial”. Este artículo ahora extiende esto de los líderes aliados a “nuestros padres”. La crítica histórica de la Segunda Guerra Mundial debe evitarse porque el descubrimiento de lo que hicieron “nuestros padres” los deshonraría. Los autores de la Declaración pueden hablar por sí mismos sobre lo que sus padres estaban haciendo. Mi padre estuvo en el ejército de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial y fue destinado a Inglaterra. Allí fue obligado a asistir a “conferencias de orientación” impartidas por oficiales judíos, donde decían que los alemanes eran “una raza degenerada” y que “necesitaban ser exterminados”. A los soldados se les decía que odiaran a los alemanes. Mi padre se pronunció en contra de este adoctrinamiento. También salió en defensa de una enfermera cristiana que estaba siendo objeto de acoso sexual por parte de oficiales judíos. La gota que colmó el vaso para los judíos fue cuando descubrieron que mi padre se dedicaba a la evangelización callejera y lo acusaron de “deshonrar el uniforme”. Los judíos decidieron castigarlo enviándolo de vuelta a los Estados Unidos, lo que le salió bien, ya que no tuvo que desembarcar en Normandía con su unidad. No creo que la postura de principios de mi padre se vea amenazada de ninguna manera por las investigaciones de la

narrativa del Holocausto. Más bien, son los autores de la Declaración, que dicen que no se puede criticar los objetivos y las acciones de los Aliados sobre la base de principios cristianos, quienes deshonrarían a mi padre.

La siguiente afirmación acusa a los destinatarios de esta Declaración de imitar a figuras influyentes impías “por el bien de los clics, los seguidores y la noción efímera de ‘influencia’”. Aquí nos estamos acercando a la motivación de esta Declaración. Los autores, que antes se consideraban la joven y creciente ola de nuevos líderes, ahora se encuentran marginados por otra generación, al mismo tiempo que son el objetivo de una gran y reciente campaña de Big Eva –el oficialismo evangélico– (contra el “estado de ánimo de Moscú”). Ahora están empleando las tácticas de Big Eva contra lo que ellos llaman los “marginales” de su propio movimiento. A esto le sigue la afirmación de ser los fieles pastores cristianos que “nombran y luchan contra los lobos que se aprovechan del rebaño”. Cabe destacar que esta Declaración no menciona nombres. Hacerlo derrotaría su táctica de ser ambiguos sobre a quién persiguen.

A continuación se presenta una serie de artículos que condenan la utilización de chivos expiatorios para culpar de “males culturales” a grupos específicos, en particular a los judíos. Además, se afirma que solo Jesús es el verdadero y último portador de los pecados. Hay tantas ideas confusas aquí que es necesario realizar un análisis detallado.

En primer lugar, la práctica de buscar chivos expiatorios se refiere a que una parte inocente cargue con la culpa de algún grupo y la elimine de él. Esto es lo opuesto a señalar a una parte culpable como responsable. La segunda confusión tiene que ver con la responsabilidad de esa parte culpable. En el Antiguo Testamento tenemos muchos casos de juicios que cayeron porque se toleró a un grupo pecador en Israel, no se lo eliminó. Por lo tanto, se los culpa por el juicio divino, no por los “males culturales”. Occidente, particularmente durante la Edad Media, estaba acostumbrado a pensar de esta manera debido a la exposición a materiales bíblicos que exhibían repetidamente este patrón, por lo que la gente buscaba a los malos que debían estar detrás de los desastres. Otro punto es que en el Nuevo Testamento se proclama un juicio sobre Israel, que cayó en el año 70 d. C., después de que se hubiera provisto “el chivo expiatorio final y perfecto en Cristo Jesús”. Se trata de cosas distintas. También es digno de mención que quienes promueven una escatología preterista parcial, que pone énfasis en el lugar del año 70 d. C. en la interpretación de la Biblia, están altamente representados entre los que han firmado esta Declaración.

A partir de esto, la Declaración procede a negar que “los judíos sean de algún modo singularmente malévolos o pecadores, que el judaísmo en sus múltiples expresiones sea objetivamente más peligroso que otras religiones falsas, o que represente una amenaza excepcional para el cristianismo y los pueblos cristianos”. Esto parece significar que los autores de la Declaración tienen en mente la entidad del judaísmo religioso. El enfoque en la subversión cultural judía que parece alarmar a los autores es hacia los miembros seculares de un grupo étnico, que son más típicamente ateos. Esto revela otro defecto básico de la Declaración, que es la confusión sobre a quiénes se refieren bajo el nombre de judíos.

La Declaración también adopta la visión escatológica de “los viejos puritanos... de que en el buen tiempo de Dios, multitudes de judíos llegarán a la fe en Cristo y serán añadidos a la verdadera comunidad de Israel, heredando las mismas bendiciones que los creyentes gentiles”. Hay varios problemas con esto. Los preteristas parciales ya mencionados dijeron que la conversión prometida de los judíos ya ocurrió en tiempos apostólicos y que, después del año 70 d.C., ya no eran una categoría especial en la historia. Por lo tanto, esta expectativa puritana estaba fuera de lugar.

Otro problema es el de la identidad. El escritor israelí Shlomo Sand ha sostenido en *The Invention of the Jewish People* que quienes hoy reivindican esta identidad son en su mayoría descendientes de diversos grupos de conversos cuya historia detalla. Además de las conversiones forzadas por parte de la dinastía Macabea de los pueblos vecinos, que entonces formaban los “pecadores” de los que se quejaban los fariseos, había algunas tribus árabes. Durante el Imperio Romano, la gente atraída por el monoteísmo a menudo elegía el judaísmo en lugar del cristianismo ilegal y perseguido. También existía esa mezcla de escitas y turcos que se dedicaban al tráfico de esclavos y a la explotación de la ruta comercial Este-Oeste, que se convirtieron al judaísmo en beneficio de una identidad independiente, y que eran en gran medida los antepasados de los judíos de Europa del Este. Sand niega que haya pruebas de ninguna deportación extensa de judíos por parte de los romanos desde Palestina. En cuanto a los descendientes reales de los judíos del primer siglo, Sand cree que lo más probable es que se encuentren dentro del grupo que hoy llamamos palestinos.

Los puritanos tenían en mente a los pueblos de Europa occidental que se llamaban a sí mismos judíos. Sobre esta base, fueron engañados por un rabino llamado Menasseh ben Israel. Él convenció a los puritanos de que estos judíos estaban a punto de lanzar una invasión de Palestina para derrotar a los turcos y esperar al mesías. Mientras tanto, necesitaban un lugar donde quedarse y querían ser admitidos en Inglaterra. Por supuesto, era solo una artimaña para entrar en Inglaterra. El mismo ben Israel también lanzó la idea de que los indios americanos eran las tribus perdidas de Israel, una idea adoptada por algunos puritanos y que finalmente se abrió camino en el mormonismo.

La interpretación puritana fue negada por al menos algunos de los creadores de la Visión Federal, que era fuertemente preterista, aun cuando sus seguidores hoy están muy ansiosos por firmar la Declaración.

En un punto importante, la Declaración afirma que “Dios ha ordenado la existencia de los pueblos y las naciones”. Pero no termina ahí. La Biblia no sólo dice que existen, sino que también habla del papel y la importancia de las naciones. Son aquellos que creen en la Biblia en este punto quienes son relegados por la Declaración a “los marginales”. La Declaración es parte de una disputa sobre la naturaleza del Reino versus la iglesia, y sobre el papel de las naciones en el Reino. Busca anular a aquellos que no ajusten su teología sobre este asunto a las demandas del Consenso de Posguerra.

Un último y peculiar artículo se refiere a Aristóteles. Se nos dice que nuestro modelo es Jesucristo, no “la vida y enseñanza de Aristóteles”. Generalmente se piensa que este artículo se debe a James White, quien recientemente ha mostrado gran preocupación por la influencia de Aristóteles entre los bautistas. Pero nadie está haciendo de la “vida” de Aristóteles el modelo para los cristianos, ni lo coloca al lado de Jesús. Esto parece ser otra distracción para ocultar el verdadero problema. Además, los “marginales” contra los que se dirige la Declaración no son seguidores de Aristóteles, sino tan antiaristotélicos como Van Tillianos o partidarios de la filosofía reformacional como lo son los autores de la Declaración. El verdadero problema es que, así como los “marginales” están ofreciendo una alternativa a las ideas y el liderazgo de los autores de la Declaración, también los aristotélicos están ofreciendo una alternativa. Esto toma dos formas. Una es que los nacionalistas cristianos de una persuasión reformada clásica (es decir, la filosofía *via-antiqua* de la era calvinista escolástica) están siendo escuchados por los “marginales” en las conferencias. Un problema mayor es que en los seminarios bautistas se está desarrollando un movimiento que presenta el tomismo con su metafísica aristotélica como el modelo según el cual debe entenderse la teología cristiana, y James White percibe este movimiento retropapista como un gran peligro. Así, así como el grupo representado por la Declaración teme

la pérdida de miembros e influencia en favor de los “marginales”, también teme una pérdida en favor de los aristotélicos.

En mi opinión, todos estos grupos tienen problemas y no estoy sugiriendo que el lector se afilie a ninguno de ellos. He expuesto mis objeciones a las filosofías reformationistas y al vantilismo en *La Teosofía, Van Til y Bahnsen: Cómo el neo-calvinismo deformó la apologética* (disponible en www.via-moderna.com/index_htm_files/SP-TeosofiaOnline.pdf) y a los tomistas/aristotélicos en *El Conocimiento Dividido: Van Til y la apologética tradicional* (disponible en www.via-moderna.com/index_htm_files/SP-DivididoOnline.pdf). Sin embargo, en cuanto a su visión de las naciones, parece que los “marginales” están dispuestos a reconocer algunas realidades que los autores de la Declaración no quieren reconocer.